

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia

Subscripción.—En la Península: Un mes, 1.50 ptas.—Tres meses, 4.50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.  
La subscripción se cuenta desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.  
Redacción, Mayor, 21.—Administración, Mayor 18.

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en otras de fácil cobro.—Corresponsal.  
París, Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre.—Mr. George E. Fiske, 21-Park Row, New-York.—La correspondencia al Administrador.

### Hagamos historia

## ESTABA PREVISTO

Un grupo de amigos, cuyos nombres conoce toda Cartagena y conoce también don José García Vaso, tomó á su cargo el contender con éste y se prestó á iniciar una polémica periodística ó á sostener en una conferencia pública, que el señor García Vaso había engañado constantemente al pueblo, con motivo de la campaña sobre el alcantarillado.

Sólo dos condiciones imponíamos, ambas muy razonables y lógicas: que en el periódico se conservase el incógnito para el que nos representara en esa controversia y que, tanto si era oral como si era escrita, se discutiese con seriedad, con decencia, con caballerosidad.

Esta última condición fué considerada inadmisibles por don José García Vaso: sacarlo á él de hacer volatinas políticas ó periodísticas, que tanto aplauden los niños y militares sin graduación que pagan media entrada en esos espectáculos populares y que gozan y se ríen con las mamarrachadas de malos titiriteros, era privarle de lucirse, era quitarle su ambiente, era reducirlo á la muerte civil, cien veces peor que la muerte á mano airada. ¿Discutir en serio? ¿no mentir? ¿sostener franca y lealmente su modo de pensar y confesarse vencido si lo fuese? ¡Jamás! Esto, tampoco entra en el credo que, para su uso particular, tiene el señor García Vaso.

Y cuidado que le ofrecíamos ventajas al señor García Vaso! En lugar de un nombre, le dábamos diez, veinte, treinta, todos los del grupo de amigos: él escogería el que le fuese más grato y lo sabía quien era el editor responsable, de cuanto todos dijéramos: la condición de usar pseudónimo, no implicaba nada en la cuestión: él no discutiría con un anónimo: él sabría quien le respondía en todos los terrenos, de lo que nosotros dijéramos: al público qué le importa que tal cosa la diga Fulano ó Zutano, si lo que dice lo prueba y resulta cierto y verídico? ¿Que por qué no dábamos públicamente el nombre del agraciado?

porque seguramente el señor García Vaso, con delicadeza exquisita, escogería á aquel que más perjuicios pudiese sufrir con la publicación de su nombre en letras de molde; aquel sería llevado y traído por sus amigos y por toda su prensa y seguramente le proporcionarían tales disgustos que no compensarían el placer de que el señor García Vaso, obtuviese, por primera vez, un triunfo verdadero.

Si el nombre era el de algún político conocido, de los que directa ó indirectamente han tomado parte en los asuntos á ventilar, el argumento era conocido: «¿Qué va á decir ese, que hizo, deshizo y dejó hacer?». Si era algún pariente, amigo ó compañero del contratista, vendedores ó empleados en esa contrata, la consecuencia era lógica para el Sr. García Vaso: «¿Que va á decir este, que está ligado, con vínculos de consanguinidad ó de afinidad, con los que directamente están interesados en el asunto?». Y por último, si el contrincante era ajeno á la lucha política, no había tomado parte en esos asuntos y obraba independientemente, entonces, esa independencia se trocaría en inconsciencia y diría D. José García Vaso: «¿Que sabe este buen Sr. de cosas del Alcantarillado, ni quién le da vela en este entierro?». Todo ese estaba previsto y la solución que ofrecimos al Sr. García Vaso, era la única posible, para evitar anteriores disgustos: si á nuestra caballerosidad hubiese correspondido él en igual forma al anuncio, solo, de que le íbamos á enviar la lista de amigos debió decir: Los conozco á Vdes. sé qué nombres son y como son y basta que designen un nombre y me lo den á conocer, para que yo acepte sin reparo; acepto esas condiciones y á discutir sería y dignamente; esto hubiese contestado un caballero.

Pero nosotros, en nuestro afán de que, por primera vez, Cartagena supiese la verdad en ese asunto y seguramente en otros que de la discusión se destacasen, nos ofrecimos á discutir en público, sin pseudónimo, sin antifaz; cara á cara y frente

á frente; nos sacrificábamos hasta el punto de ponernos ante el coloso orador que nos anonadaria con su elocuente palabra, ante el Sr. García Vaso, que dueño de una palabra sonora y de una oratoria vibrante y pasional nos aniquilaría con fogosos períodos de imponderable elocuencia: pero nosotros, íbamos al martirio con la sonrisa en los labios; que él expusiese su verdad en forma galana y arrebatadora; nosotros expondríamos la verdad, en forma torpe y vacilante: luego, Cartagena toda, que juzgase si su verdad ó la verdad, era la que debía tenerse en cuenta.

Ya no habla caretas, ya no había anónimos: D. José García Vaso frente al que nosotros designásemos, de nuestro grupo: ¿qué inconveniente había en ello? ¿no le daba todas las de ganar D. José García Vaso? ¿no jugaba con ventaja, como siempre? ¿por qué no aceptó? ¡Ah!, porque pedíamos lo que era para él imposible conceder; pedíamos que la conferencia se celebrase en el Ayuntamiento, en la Económica, en el Casino, en el Ateneo; pedíamos, que el público que asistiese, entendiese aquello que allí se iba á decir; pedíamos que se invitase á personas doctas, Abogados, Ingenieros, Médicos, Arquitectos, los que tuviesen un título profesional y que por su corrección nos ofrecieran garantías de no ser atropellados: pedíamos, en fin, seriedad, decencia, caballerosidad.

No era ese el terreno en que convenía desenvolverse al Sr. García Vaso y no aceptó: él no quiere más que la bambolla, el escándalo, el atropello; él quiere ir al Circo, llevar gentes que lo aplaudan á él y pateen á todos: que le lleven allí á todos los Concejales conservadores y liberales para que los insulten y los atropellen; que vaya don José Maestre, para él divertirse viendo como lo silban y lo injurian: que traigan á don Antonio Maura, para que sirva de bafa y escarnio á sus amigos y paniaguados. Eso es bifo, eso es grotesco, eso es propio del que lo propone.

Luz y taquígrafos: ofrecíamos nosotros; ante un público selecto la conferencia: á continuación, traducir las notas taquígráficas y publicar 10, 20, 30.000 hojas y repartirlas gratis; claro es que el hacer, este ofrecimiento, nosotros pagábamos todos

los gastos ¡Qué triunfo para el señor García Vaso! ante la intelectualidad cartagenera, quejoso escucharla arrobada y extática, proclamando una verdad suya, exclusivamente suya; luego ante el pueblo todo, ante la provincia, ante España, ante el mundo entero, sancionado como el San Marcos del Alcantarillado, el Evangelista Cartagenero, que predicando la verdad, la suya, habla anonadado, vencido y pisoteado, la otra verdad, la verdadera.

Pero ni aún así, aceptó el Sr. García Vaso: ni aún se tomó la molestia de contestarnos y nos injurió un pequeño agravio; ese despreciativo silencio, merecía un correctivo; con otro cualquiera que no hubiese sido ese señor, hubiésemos buscado al caballero que ultraja y le hubiésemos pedido y nos la hubiese dado, satisfacción ó reparación á la ofensa inferida; pero el Sr. García Vaso, ha hecho voto de castidad de no ir al terreno de los caballeros, y de él podíamos decir, cuando injuria ó insulta, que, "manos blancas no ofenden".

Transcurridos ocho días sin recibir contestación al nuestra demanda publicamos el artículo «Nos hemos equivocado» dando por terminada la cuestión y rotas toda clase de relaciones con el Sr. García Vaso. al que le decíamos que ni olvidábamos, ni perdonábamos. Y teníamos previsto que en cuanto ese señor Diputado se convenciese de que nosotros no habíamos de volver de nuestro acuerdo y no nos íbamos á prestar á ser para él como un juguete, que tan pronto se abandona despreciativamente como se recoge para entretenerse y pasar el rato, teníamos previsto que procuraríamos quedar bien, haciendo una vez más de enano de la venta, desafiando á todo el mundo y jugando la vida, una vez más, por la libertad y por Cartagena.

Y en efecto: en «La Tierra» de ayer y de hoy, pone un reto ridículo y estúpido para que todo caballero decente discuta con él. Y así seguirá unos días, y después vendrán sueltos más grandecillos, glosando el desafío que nadie acepta; y luego, José de Cartagena le dirá á su público, que su amigo, José García Vaso, es un héroe, que ha metido en casa á todo el mundo y terminará el burdo sainete con un artículo del propio cosechero, de José García Vaso, diciendo en su periódico y á

su público: «Ningún caballero, ninguna persona decente, ningún hombre de honor, se ha atrevido á contender conmigo; lo que dicen y prueban, son injurias que paga el cacique y que dan de comer á los que contra mí se reyuerven por envidia, por despecho, por dinero, por rabia de no ser lo que yo soy, lo que yo he sido, lo que yo seré.»

Y nosotros que hemos descubierto el juego, que lo teníamos previsto y que no nos prestamos á servir de juguete á nadie, le decimos hoy formalmente al Sr. García Vaso: ¡Alto ahí, respetable señor! nosotros nos hemos brindado á discutir con usted seria y dignamente: por esto mismo, usted no ha aceptado y nosotros ya no discutiremos con usted, por no creerlo digno, después de su conducta en este asunto: seguiremos solos nuestra campaña, que no es de injuria ni de calumnia; pero no estamos dispuestos á que usted nos tome por cabeza de truco ni quiera con frases ofensivas é injuriosas ponernos en la picota pública: si por su inmunidad parlamentaria y su impunidad caballeresca, no lo encontramos á usted en ningún terreno para vengar los agravios que nos infiera, dado que en cuestiones de honor y por confesión suya hay que conceptuarlo á usted como menor de edad y á los menores no se les lleva al terreno, le aplicaremos á usted el correctivo que se le impone á estos.

La redacción.

### Buque extranjero

Madrid 19-9 m.  
Telegrafían de Cádiz que ha fondeado en aquel puerto la fragata de guerra Argentina «Sarmiento» escuela de guardias marinas.

Hizo el viaje sin novedad á pesar de la fuerte marajada.

Cambió saludos con la plaza y los cruceros «Río de la Plata» y «Carlos V.»

Momentos después de arribar, desembarcó el comandante, cumplimentando á las autoridades.

### JUEGOS FLORALES

#### A LA BANDERA DE LA CRUZ-ROJA

LEMA CHARITAS  
Pobre es mi estado insignor  
para analizar tu grandesa;

la injustad, la realza,  
piden un plectro de oro.  
Por eso el número impiero  
de los genios de Castilla;  
que la gloria que en ti brilla,  
requiere la soberana  
masa heróica de Quintana,  
ó el regio nomen de Ercilla!

Como girón desprendido  
de blanca nube que ondea,  
tu áureo lienzo flamea  
de cien pueblos bendecidos.  
No eres símbolo tenido  
de tirana potestad,  
ni eres signo de crueldad,  
ni de inmensa bravura...  
¡Tu inmensada blancura  
es emblema de piedad!

Bajo tu lienzo sagrado  
por roja cruz protegido,  
tiene su amparo el herido,  
tiene su escudo el soldado.  
Si otro estandarte adorado  
le conduce á la victoria,  
tu cruz santa y meritoria  
salva al que vencido gime,  
y á tu sombra se redime  
entre capicadores de gloria!

Cuando en lid ardera ó franca  
se destrozán las legiones,  
y el bronce de las cabezas  
cien y cien vides arranca,  
tú, como pluma blanca  
que sólo ternuras viste  
vuelas generosa y fuerte  
sobre la sangre vertida,  
salvando vida tras vida  
de las garras de la muerte.

Y es que Caridad y amor  
son tus divinas primas:  
Para tí fé no hay fronteras...  
¡No tiene patria el dolor!  
Del combate en el fragor  
tus cruzados siempre humanos  
curan con piadosas manos  
sus al contrario que imploran...  
¡Para la cruz redentora  
no hay más que amigos y hermanas!  
(nos!)

¡Ay que de lantos y penas  
han de aliviar tus cruzados!  
¡A cuántos infortunados  
han de aliviar las cadenas!  
Prodigando á manos llenas  
la bendita Caridad,  
cada cruzado, en verdad,  
ha de ser por santo amor  
un paladín del dolor,  
un héroe de la piedad!

La ola del terror avanza;  
los tiempos son de combate  
y Marte iracundo abate  
á los pueblos con su lanza.  
El furor de la venganza  
llega al trueno y al alar,

un brazo que la defendía—exclamaba mi tío.  
En un instante me fueron relevados todos los dolores de aquella familia desgraciada.

Juré no abandonarles nunca, ser el hermano de mi pobre prima, y si algún día un hombre de bien, más diácono que yo, lograba merecer su elección, cumplir con el sagrado deber de protegerla, y al verlos unidos ir á morir en paz lejos de ellos.

—Comprendo mi deber—repitió yo entre angustiosas exclamaciones—Edmunda no debe casarse conmigo.

Esto sería aceptar el baldón que he atraído sobre ella. Seré su hermano ya que no puedo ser su esposo.

El anciano nos estrechó contra su corazón á Edmunda y á mí, confundiendo nuestras lágrimas.

—No pierdas, sin embargo, la esperanza de casarte con ella—me decía algunos instantes después.

—Tiene cosas muy raras, pero estoy persuadido de que te ama con toda su alma. A eso no ¡pueda explicarse todavía! La mujer quiere lo que Dios quiere.

—Y lo que quiera Edmunda lo querré yo también—le oí decir.

Día después llegó el abate muy asombrado y

que llegaron á impresionarme.

Ma vaso quiso disuadirle el abate.

—No los puedo seguir sin la voluntad de un hombre que pronto será el último de los Mauprat. Ese hombre es Bernardo Mauprat, á quien no me atrevo á llamar sobrino mío, porque ¡si me oyese se avergonzaría.

Me pareció que se dirigía hacia el lugar en que yo me encontraba oculto cual si hubiese adivinado mi presencia.

—Le pido á usted en nombre del cielo que persuada á Bernardo para que me conceda una entrevista. Espero que le hará usted comprender que ello importa mucho á sus intereses y al honor de su nombre.

—Pero Bernardo se opondrá á esa explicación pública, que bien podéis conseguir de otro modo, en la penitencia del claustro.

—Usted le convencerá de que es indispensable que le vea. Necesito para la salvación de mi alma postrarme á los pies de Bernardo y que me perdona.

Adivinando en todo esto la más infame de las hipocresías, me retiré.

Poco después se reunió conmigo el abate, quien me enteró de Juan Mauprat amenazaba con el tono más quejumbroso del mundo en venir á buscarme si me negaba á su petición.

—¿Tú? ¿Y con qué objeto?

—Ya lo verá usted.

A la hora convenida nos dirigimos al lugar de la cita.

No tardé en divisar al fraile. Hallábase sentado junto á la fuente, y por las desigualdades del terreno podíamos contemplarlo á nuestro sabor sin que él pudiese vernos.

Le reconocí inmediatamente. Apretando el brazo del abate le dije, presa de una sorda agitación:

—¿Conoció usted á Juan Mauprat?

—¡Nunca, á Dios gracias!

—Pues ahí le tiene usted.

—¿Dónde?

—Ese fraile, ese modelo de virtud y de humildad, según usted. Ese es Juan Mauprat.

—Pero eso es imposible. Juan Mauprat murió hace mucho tiempo.

Aterrado el abate se quiso retirar y fué que conyugó de que era preciso conocer los propósitos de aquel malvado.

La entrevista confirmó mis sospechas. Ocul'o en la maleza pude oírlo todo.

El trapense comenzó descubriéndose al abate, diciendo que lleno de arrepentimiento, venía á ponerse en manos de la justicia.

Se expresaba con una elocuencia y una dízuta